

La muerte del Rayo Macoy, un Jab en la nariz

MARCO AURELIO CARBALLO

A Rafael Ramírez Heredia (1939-2006) lo conocí cuando ganó el Premio Internacional Juan Rulfo con su cuento “El Rayo Macoy”, en 1984. Lo entrevisté para el semanario “*Siempre!*” y fuera de entrevista me preguntó si escribía novela. Él estaba al tanto de que yo había publicado relatos. Acababa de terminar la primera, le dije, y me la pidió para echarle un vistazo. Tras regresármela con anotaciones, me invitó a su taller. Asistí dos años. Los compas decían que iban de un taller a otro y que el taller del Rayo era el mejor. Yo ni tiempo tenía para ir a otro. Me ajusté al suyo de manera total. Cero teoría y una mecánica rígida. Dos horas de talacha a fondo. La flexibilidad venía después, en La Guadalupana. Él invitaba una botella de ron y luego cada alumno pagaba lo suyo.

Me presentó a editores y me recomendó para que publicara un cuento, “El último tranvía” en España, en Edaf, colección Casa Ciega. Viajamos a presentar libros, a ser jurados de concursos de cuento y a dizque dar conferencias. De su cultura taurófila aprendí que un torero jamás coloca la maleta sobre la cama. Si hay oportunidad le digo a todo el mundo que hacerlo es de mala suerte.

Haber toreado más de cien veces antes de sufrir una cornada en la espalda, lo hizo inmune a cualquier peligro. Su intrepidez era temeraria. Por contar algo, presentamos “*La Mara*” en Tapachula y lo celebramos en El Mitote, un restaurante. Funcionarios y escritores nos

bebimos media cantina. Al final quedamos los narradores y poetas José A. Flores y Gustavo Gonzalí, RRH y el de la tecla para dar cuenta de la otra mitad de la cantina. De pronto, Rafael dijo, voy a sacar a bailar a esa mujer. Coño, le dije, aquí no se baila y ella está con unos tipos que...

Eran dos mujeres y cuatro hombres como norteños, como vaqueros o narcos. No tuve tiempo de disuadirlo. Incluso eché mano de mi último recurso. Oye, le dije, maestro, recuerda que... Sí ya sé, me interrumpió, los hombres duros no bailan. Pero se paró frente al grupo aquel, hizo una inclinación, dijo algo que no alcanzamos a escuchar y ejecutó la genuflexión esa que hacen los NO duros para invitar a una dama al baile. Ceñudos, los tipos escucharon sin dejar de verlo. Yo alerté a mis compañeros. Pero el poeta Flores es una suerte de pan dulce y Gonzalí tenía principios de enfisema.

Años atrás, en Tapachula, el Rayo había discutido con el dueño de un bar, un ex manager cuyos meseros eran boxeadores! El capitán, un ex campeón estatal gallo, el Ratón Pérez, era yerno del dueño Feliciano Ángeles. Cuidame al Kiko (nombre familiar del Rayo), me había dicho su hermano, el doctor Jorge Ramírez Heredia. Ya vez como se pone de repente. Del Chanos's Bar salimos por piernas. La escuadra de ex púgiles estaba ya en guardia.

Pero y ¿ahora?, ¿qué hacer en El Mitote? Rafael no tenía la menor intención de buscar las tablas ni de salir por piernas. Busqué ansioso al mesero. La mujer aquella, morena, rotunda y sensual, había zigzagueado sonriente

por entre el cuarteto de hombres de mirada hostil y como de dos metros de alzada. Rafael la tomó de la mano y la llevó hasta donde estaban los músicos. Se limitó a hablarle al oído durante varias piezas. Mientras tanto localicé al mesero y le dije, oiga, dígame, ¿qué posibilidades hay de que mi amigo, los poetas y yo salgamos ilesos del trance? No se preocupe, dijo el mesero. Se trata de una señorita puta. No hay bronca, y no la hubo. Rafael dijo que le había dado los datos de su hotel. Terminamos la enésima botella y abandonamos El Mitote. Al día siguiente le pregunté al Kiko si habían llegado a buscarlo, al Tapachula, un hotel de cinco estrellas. Se encogió de hombros. Si llegó, dijo, no la dejaron entrar...

Siempre lo tomé como a un maestro a pesar de que dizque éramos del mismo año. Te llevo nueve meses, así que soy tu mayor, decía. Desde luego ni se me ocurrió ponerme al tú por tú con él en cuanto al oficio narrativo y de vez en vez le hacía consultas. Él aseguraba reconocerse como reportero y admitía que yo lo superaba en ese aspecto. Así nos completábamos, creo, a pesar de que yo le dijera que él era un formidable reportero de la vida y buen analista como articulista. Un poco para pagarle favores, lo recomendé en “*Siempre!*” y en “*Excélsior*”. De este último lugar renunciemos porque no nos pagaban. Tanto él como yo vivíamos del oficio. Él mejor que yo porque era disciplinado para el trabajo, para la bebida y con el dinero. Cuando le dije hace diez años que pensaba dejar el periodismo y dedicarme a escribir, él dijo cuidado, no es fácil, es una chinga. Si tú puedes yo puedo, le dije, igualado, porque ya tenía caliente el hocico (como decía él) en La Guada, con tres cervezas y tres cubas, que empecé a beber porque el maestro era cubero. ¿Y era misógino?, preguntó una reportera en su velatorio. Era selectivo, contesté.

*

Una tarde vi a Rafael Ramírez Heredia en La Guadalupana y al darle un abrazo me asusté porque sentí el vendaje bajo la camisa. En voz baja dijo que no había problema porque la cicatriz estaba debajo, en la axila. Acababan de

extirparle un racimo de ganglios (a principios de este 2006), y le resultaron cancerosos. Enseguida se sometió al tratamiento, ahora cada vez más soportable, dijo. La cita era con Rafael Cardona y con Eduardo Monteverde y una amiga española de este último. El Rayo Macoy quiso que lo acompañara en esa reunión y bebió cerveza. Entre todos, recuerdo, intentamos convencer a Monteverde para que no se retirara del periodismo. Iba a dedicarse sólo a la literatura, dijo. Podía combinar las dos tareas, le dijimos. Es que Rafael Ramírez Heredia estaba entregado a la narrativa y también al periodismo. RRH me confió que con Rafael Cardona estaba en tratos para que aceptara venderle los derechos de “*La Mara*” a Abraham Zabludowski para filmarla. Lo hizo por un cuarto de millón de pesos y una pizcacha más. RRH actuaba como Graham Greene, vender los derechos y que otro hiciera el guión.

La última vez coincidimos en los jurados para un concurso de relatos de inmigrantes. Lo vi flaco y se lo dije. Rafael contó que tenía el cáncer bajo control, pero también estaba combatiendo un ataque de amibiasis. Por eso había dejado de beber. Dada la experiencia propia le dije que eso, no beber, te desinflama. Nos fuimos juntos en su



Luis Garzón

coche de regreso de la Zona Rosa a Coyoacán y hablamos de amigos mutuos de Tapachula, y de su querido condiscípulo en la escuela de contaduría, Mario Levet. Hablamos también de nuestros respectivos talleres en Tuxtla Gutiérrez y en Tapachula, asignados por el poeta Óscar Oliva.

El jueves (9/X/2006), el ex piloto aviador, Víctor Manuel Camposeco, autor de la novela *“Correo de Hiroshima”* iba a comer conmigo en El Rioja. Camposeco pidió que invitara a David Martín del Campo, quien a su vez pidió que le avisara al Rayo. El Rayo me habló porque iba a cobrar lo de su chamba como jurado y quería un número de teléfono. Cuando le dije de la comida, pidió que le enviara los datos por correo electrónico. Pero no llegó al Rioja ni me contestó el correo. Así que el domingo (22/X/2006) hablé a su casa. Tu amigo está muy grave, me dijo Conchis. Estuvo internado tres días pero ya lo trajimos a casa. Ahora duerme. Estaba al tanto del curso de la enfermedad, pero la noticia me aturdió como un jab en la nariz

El lunes (23) hablé con Eugenio Aguirre para otros asuntos. Eran como las tres pm. Dos horas después llamó y me dio la noticia de la gravedad de RRH. No quise echarle a perder la comida, dijo. Yo tampoco, le dije. Pero ya no pude trabajar mi turno vespertino. A cada rato se me venía a la mente la situación del Rayo. El martes Patricia se enteró en su trabajo de que Rafael había muerto a las cuatro y media pm. Su hija Marisa, como Patricia, trabaja en la dirección de Publicaciones de la UNAM.

Ya no pude darle más a la compu. A las nueve p.m. llegamos a Gayosso, de Félix Cuevas. Le di el pésame a las hijas, a Marisa y a Claudia; al yerno, el licenciado Ulrich Ritcher; a la mamá, doña Arminda, y a Conchis. Pregunté si podía verlo. Marissa dijo que sí pero no me animé. Era innecesario confirmar su muerte. Me había ocurrido con Sergio von Nowaffen. Lo supe tarde y a veces creo que no ha muerto. Manolo Cardona, el dueño de La Guadalupeana, había sido el primero en llegar, incluso antes que el ataúd. Bastante tristes él y yo, no supe qué decirle. Por fortuna llegó Conchis, a quien vi con una fortaleza envi-

diable. El Rayo le había pedido una paleta de tamarindo y nieve de limón pero de La Moreliana porque de otro lado eran muy pinches. No se acabó la nieve. Así que ella bajó de la planta alta a guardarla en el refri. Entonces llegó su hermano, el doctor Jorge Ramírez Heredia, oncólogo del ISSSTE. Subieron a la recámara y Conchis exclamó que Rafael había muerto ya. El doctor le puso el estetoscopio en el pecho y confirmó el suceso.

La gente y empleados con las coronas empezaron a llegar a la capilla 5. En el pasillo estaban los reporteros con grabadoras entrevistando a Silvia Molina, Víctor Hugo Rascón Banda, Óscar de la Borbolla, Bernardo Ruiz, Teodoro Villegas, Leo Mendoza, Benito Taibo... A las once pm nos retiramos. Entonces llegaron Eugenio Aguirre y David Martín del Campo. Manolo Cardona había sido arrinconado por la masa. Una hora después, esa masa era impresionante, contaron los compas. Al Rayo le gustaba hacer amigos y los procuraba y les decía palabras cariñosas. Como a Nacho García.

Recordé que en un viaje a Chiapas, reportando la secuela del levantamiento zapatista, Rafael me invitó en Ocosingo una nieve de limón triple. Lo mejor para la cura de la cruda en un lugar como este es una nieve de limón, dijo. El día anterior, en San Cristóbal, nos habíamos puesto bolos a la chiapaneca.

*

Después de que entré al taller de narrativa de Rafael Ramírez Heredia, él me invitó a las comidas de La Bodega. Diez narradores asistentes a un congreso en Morelia habían acordado escribir a diez manos una novela policiaca. RRH me propuso como primer emergente. El segundo era Gerardo de la Torre. Gerardo declinó ser el primero cuando le cedí mi lugar. Hubo una defección, la de María Luisa Puga (+) porque vivía en Michoacán. Nos reuníamos los viernes. Vicente Leñero entregó el primer capítulo. Juan Francisco Flores tomó la foto para el libro, *“El hombre equivocado”*. Ahí aparecen Guillermo Samperio, Hernán Lara Zavala, David Martín del Campo, Rafael Ramírez Heredia, Bernardo Ruiz, Vicente Leñero,

Silvia Molina, Aline Petterson y Joaquín Armando Chacón. Las figuras de Gerardo de la Torre y la mía se agregaron a la foto.

La edición para Mortiz estuvo a cargo de Joaquín Diez-Canedo Flores. Gerardo de la Torre y Bernardo Ruiz uniformaron la redacción y ataron los cabos sueltos para redondear la historia. Mi participación fue con un capítulo que debe de haberse perdido en la homologación. No quise leerla ya publicada por miedo a que hubieran echado mi parte a la basura. Pero me sentí como los toreros cuando reciben la alternativa.

Cierta vez Rafael Ramírez Heredia me dio a leer una novela suya. Pidió que se la criticara. Sé implacable, dijo. Oye, le comenté días después. Esto es muy diferente a lo que has publicado. Se trata de la historia de amor de una pareja situada en varias ciudades, una de ellas París. Debe de ser la novela inédita que dejó al cuidado de Conchis y apuesto a que es un texto que terminará por convencer a quienes, por prejuicios absurdos, no le conferían el rango merecido. Sus dos últimas novelas "*La Mara*" y "*La esquina de los ojos rojos*" convencieron a sus lectores y a otros que no lo eran. Rafael Cardona escribió que "*La Mara*" es la mejor novela publicada en los últimos treinta años. Cuando se lo dijo al Rayo Macoy, éste le contestó algo así como, tocayo, yo nomás amo y ejerzo mi oficio lo mejor que puedo. La tercera parte de "México bronco", su trilogía, no alcanzó a escribirla. Cuando se lo pregunté, me dijo que no la había empezado, que ahora estaba en otra batalla más cabrona. A Conchis le dijo que iba a escribir un cuento para sobrellevar la crisis del cáncer.

Creo que la frase de que vivió como quiso pintaba a Rafael de cuerpo entero. Yo atestigué o él me confió cómo tenía que hacerle para escribir, publicar y tener experiencias. Era una lucha constante. Creo que todos enfrentamos esa batalla. Pero él afinó sus armas y las llevó hasta las últimas consecuencias. Aplicaba su inteligencia donde fuera necesaria, no pelearse con nadie, en principio; no beber cuando era inconveniente hacerlo y fijarse metas alcanzables, ahora aquí, mañana más allá. No pelearse,

me sonaba a recomendación para políticos, pero en este oficio también hay politiquería. Por supuesto no le hice caso en muchos aspectos, aunque tenía razón. No le aprendí a mantener sujeta la lengua.

Cuando supe que estaba grave me sentí reportero y díjeme que me dije, debo escribir de inmediato una semblanza y tenerla ahí lista. Rechacé la idea porque de ninguna manera iba a comportarme como un zopilote. Cuando supe que murió y sentí el exangüe ánimo de teclear algo, creí que iba a verme oportunista. Pero abría el documento del mamotreto (en el cual trabajo ahora) y no avanzaba nada. El Rayo se me venía a la mente. Así que me dije, debo escribir sobre él para que no se convierta en una obsesión y no pueda trabajar quién sabe cuánto tiempo. Si él tecleaba diez horas, yo debía teclear doce. No para competir pues éramos distintos en muchos aspectos. Para que, de lo que escribiera ahora (uno de sus consejos), salieran mejores los siguientes libros. Debía acumular horas-nalga de trabajo de mulo.

Sólo me arrepiento de no haberle hablado de mi cariño y admiración por él. Nos encontrábamos y el Rayo decía, eres un cabrón, me haces favores y nunca me lo dices. Tengo que enterarme por otro lado. También de pronto, como pensando en voz alta, decía que "la verdad, la verdad" sólo tenía contados amigos, no más de tres, entre ellos su compadre Hernán Lara Zavala. Eso me extrañaba y estuve a punto de preguntarle, si es así ¿por qué eres tan amiguero? Creí innecesario preguntárselo. Era coherente con su plan de vida, llegar hasta donde él quería llegar, y llegó. Sólo se detuvo al perder esa otra batalla, la que libró contra "la putilla del rubor helado", diría el bardo. De otro modo hubiera tenido más éxitos. Había empezado a tenerlos y lo confesó orgulloso. Incluso me dijo, no creas que estoy siendo mamón, pero él sabía que yo no lo tomaba así. Al gran narrador. Espero que con estas líneas dedicadas a Rafael pueda ya trabajar en paz y, si no, deberé escribir algo más extenso. Aunque después tenga que apastillararlo. A él le gustaba mucho ese verbo reporteril y lo usó en su Taller mientras yo estuve ahí. ■